

ESTUDIO

Cautivadora y rompedora

Análisis de la obra de Maite Carranza

Anabel Sáiz Ripoll*



*El éxito de su trilogía, **La Guerra de las Brujas**, ha desdibujado algo su obra anterior en el ámbito de la LIJ. Hablamos de Maite Carranza que, antes de su incursión en el género fantástico, tenía a sus espaldas una veintena de títulos; una obra cautivadora y rompedora que se analiza en este artículo. Una obra realizada de espaldas a las modas y con poca preocupación por lo «políticamente correcto», en la que el humor tiene mucho peso y en la que propone una mirada distinta sobre lo cotidiano.*

Nos ocupamos, esta vez, de Maite Carranza, una escritora de la que se está hablando mucho últimamente gracias a su trilogía *La Guerra de las Brujas*. No obstante, queremos, a través de este estudio, señalar que ya tenía en su haber una obra cautivadora y rompedora que merece la pena leerse y comentarse. Sin olvidar su éxito reciente, aquí nos centraremos en las características y aspectos interesantes de su considerable producción anterior a la trilogía.

Apuntes biográficos

Maite Carranza (Barcelona, 1958) es licenciada en Antropología por la Universidad de Barcelona y ejerció la docencia como profesora de Enseñanzas Medias hasta que, en 1992, decidió iniciarse en el mundo audiovisual. En ese sector ha trabajado para varias televisiones (TVC, TV1, T5, A3), en calidad de guionista de programas y series tan conocidos como *Picnic*, *Poblenou*, *Secrets de família*, *Nissaga de poder*, *Rosa*, *El joc de viure*, *Laura*, *Homenots*, *Moncloa*, *¿dígame?*, *Abuela de verano* y telefilmes como *València*, *Germanes de sang*, *La dona de gel*, *Les filles de*

Mohamed y L'Atlàntida. «En mis libros —dice Carranza— hablo de cosas reales, si bien entremezcladas con elementos fantásticos, de misterio y aventuras, pero también me remito a situaciones humanas». ¹

La autora empezó a cultivar la literatura infantil en 1986 con *Ostres tu, quin cacau!* que fue galardonada con el Premio de la Crítica Serra D'Or de 1987. En este sentido, explica que «desde siempre he tenido esa inquietud por la literatura. Siempre me había preguntado acerca de cómo debían trabajar los escritores. Además me gustaba muchísimo realizar redacciones y escribir cuentos». ²

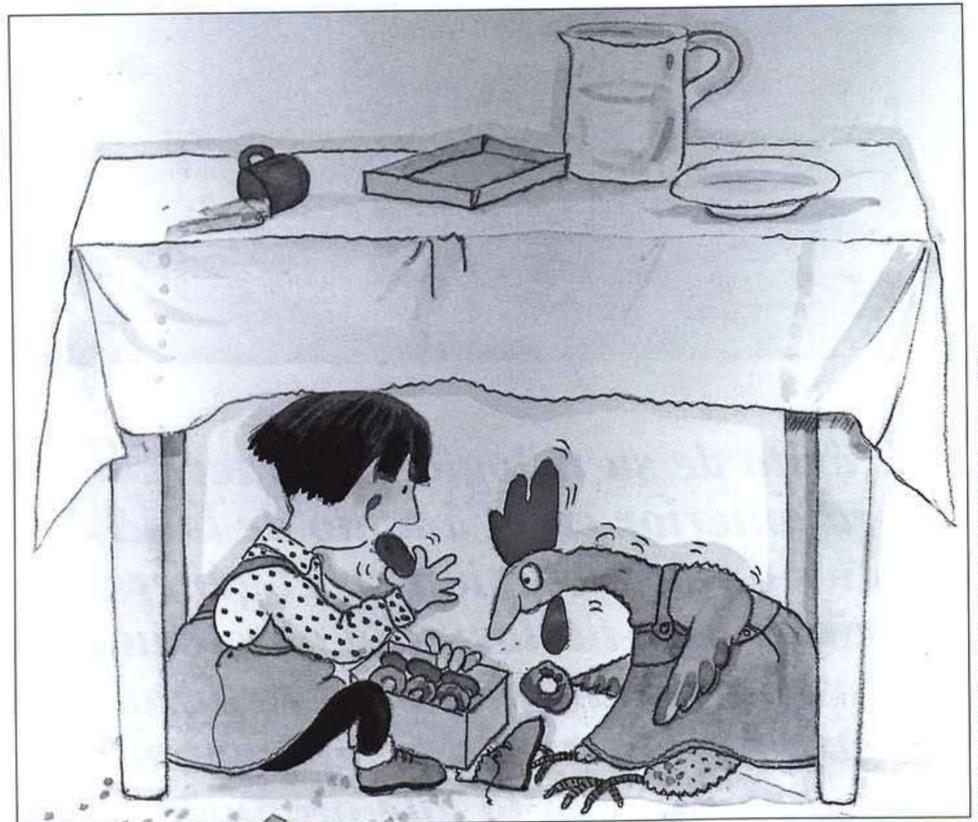
Afirma también sin rodeos que, cuando escribe para niños sus propósitos son «sencillez narrativa, claridad expositiva y sinceridad sin artilugios. Los niños son muy listos». ³

Ha obtenido otros premios importantes como el Josep Maria Folch i Torres por *La revolta dels lactants* (1986), el Joaquim Ruyra de narrativa juvenil por *La nit dels arutams* (1989) y el Premio Edebé 2002 de literatura juvenil por su novela *Vols ser el nòvio de la meva germana?* Y también ha sido galardonada por su labor como guionista con el Ondas Internacional, el TP y otros premios importantes.

Su obra infantil y juvenil supera ya la veintena de títulos, aunque en 1999 probó fortuna en la literatura para adultos con *Sin invierno*, novela de interés, pese a que no tuvo repercusión suficiente. Con la trilogía *La Guerra de las Brujas* —*El Clan de la Loba* (2005), *El desierto de hielo* (2006) y *La maldición de Odi* (2007)—, Maite Carranza ha iniciado un nuevo episodio en su vida personal y profesional que no ha hecho nada más que empezar puesto que la difusión que está teniendo la obra es extraordinaria. Con ella, la autora se suma a la corriente de novela fantástica dedicada a jóvenes y adultos, en la línea de *Memorias de Idhún*, de Laura Gallego. Cuando comienza un nuevo libro lo hace motivada por «las ganas. La inquietud. El placer por escribir. Yo creo que un libro surge por necesidad. Es decir, no es nada racional, no es una voluntad, no es plantearse un nuevo reto». ⁴ Piensa, además, que la inspiración existe, aunque no se puede «confiar exclusivamente en ella».

Entre sus lecturas de la niñez, recuerda con alegría, las aventuras de Guillermo, aunque no soportaba a Enid Blyton: «Soy de los fans de Guillermo Brown de Richmal Crompton en detrimento de los libros de Enid Blyton, que también los leí, pero siempre los encontraba ramplo-

JOAN ANTONI POCH, LA REVOLTA DELS LACTANTS, LA GALERA, 1987.



ROSER CAPDEVILA, LA SEFA GALLINA, TIMUN MAS, 1991.



GEMMA SALES, EN MAURICI SERRELL SUAT, EDEBÉ, 2007.



IMMA PLA, IVÁN, EL AVENTURERO, EDEBÉ, 1993.

nes y cursilones».⁵ También leyó con gusto a Julio Verne, Zane Grey y L. M. Alcott. Y es que, en definitiva, Guillermo Brown camparía a sus anchas por las aventuras de Maite Carranza, siempre transgresoras y llenas de humor. Reconoce que algo de estas lecturas ha debido de influir en su obra porque «creo que todo queda. Lo que hemos oído, lo que hemos visto, lo que hemos vivido en carne propia y, evidentemente, lo que hemos leído. Y hay lecturas que, aunque no recordemos con exactitud su argumento, forman parte de nuestros recuerdos personales».⁶

Su obra está traducida a diversos idiomas: inglés, francés, alemán, holandés, portugués, italiano, griego y eslovaco. Sin duda, no hace falta ni señalarlo, sus libros pueden leerse en castellano y algunos en vasco y gallego.

Maite Carranza ha sido secretaria y fundadora de la asociación de guionistas

GAC y, en la actualidad, es profesora de Escritura de Guiones en los masters de Guión de la UAB, la UIMP y el Abat Oliba. Además, se encuentra promocionando su *Guerra de las Brujas*.

Proceso creativo e ideas

La autora empezó a dedicarse a la literatura infantil y juvenil de forma casual, sin fijarse ni en temas ni en modas. Por eso no dudó en firmar su *Ostres Tu quin cacau!* (traducido al castellano como *¡Toma castaña!*), una novela diferente que no sentó bien a todo el mundo. «Podría decirse —corroborla la autora— que lo que hice yo fue un sacrilegio, aunque lo ignoraba. No pensé que pudiera levantar tanto escándalo. Creo que si lo hubiera pensado, no la habría escrito o me hubiera reprimido. Pero por la propia ignorancia...».⁷ Lo que Maite Ca-

rranza califica de ignorancia tal vez pudiera llamarse frescura, alegría de vivir, nuevos aires, porque toda su literatura está traspasada de una fuerza enorme que es como un ciclón de energía.

No sigue ninguna moda, no se muestra políticamente correcta y, sin embargo, da en el clavo y muestra situaciones y escenas cotidianas. Las cosas no tienen por qué ser hermosas ni de color de rosa, son, sin más, y lo único que podemos hacer es no tomarlas tan a la tremenda, distanciarnos de ellas, juzgarlas con sentido del humor y no ser tan serios ni tan estirados. Eso es lo que nos dice la autora.

Su producción empieza a ser ya interesante y se pueden vislumbrar algunas de sus principales características en cuanto a temática o a tratamiento de personajes, por ejemplo. Maite Carranza escribe muy deprisa, ella así lo reconoce, aunque se plantea un esquema que



Maite Carranza en la presentación de la *Guerra de las Brujas en Galicia*, a cargo de Fina Casalderrey. Al lado, Agustín Fernández Paz.



MERCÀ ARÀNEGA, LES CARTES DE LA COÏA, LA GALERA, 1983.

no duda en saltarse si la historia así lo requiere. No es una persona rígida y encorsetada y eso se nota en sus textos.

Generalmente se parapeta tras la tercera persona y deja que sea el narrador quien cuente los hechos, aunque tampoco desdeña la primera persona. Así, en *¿Quieres ser el novio de mi hermana?* emplea un recurso tan llamativo en literatura y tan directo como la voz en *off*, como si se tratara de un guión televisivo.

En dos de sus novelas —*Frena, Cândida, frena!* y *Esfuma't, Gaudenci!*— cuenta casi lo mismo sólo que desde dos puntos de vista: Cândida y Gaudenci son hermanos y los dos viven un año especial. La autora muestra, casi paralelamente, cómo cada personaje, igual que en la vida real, siente el tiempo y los acontecimientos de distinta manera. Los títulos, sin ir más lejos, ya aluden, en modo imperativo, a las cualidades de estos personajes. Cândida va todo el día acelerada y es necesario que «frene» y Gaudenci no encuentra su sitio, no sabe para qué ha nacido y siempre escucha, de labios de su hermana mayor, ese «esfúmate».

En *La princesa Julia*, la autora también trabaja a fondo la estructura narrativa puesto que permite que una niña, Julia, que no se entiende muy bien con su madre y que tiene a una muñeca por confidente, entre a formar parte de un cuento y, al mismo tiempo, viva como la princesa Julia y la niña Julia; aunque, eso sí, con una fantasía llena de humor y de guiños al lector. Maite Carranza es madre de tres hijos, Júlia, Maurici y Víctor. En este libro es fácil deducir la relación existente entre la protagonista y su propia hija, aunque trasciende, por supuesto, los límites de la realidad.

Maite Carranza también emplea el tú narrativo y lo hace para dirigirse de manera más efectiva a los lectores, especialmente a los más pequeños. Lo vemos en *Las cartas de Quica*, por ejemplo, en el final y también en los cuentos protagonizados por Sefa. Emplea este recurso, de alguna manera, para tratar de concienciar al niño lector de algún valor o de algún comportamiento que debiera adquirir, así en *Sefa mona* leemos: «Por si acaso, procurad limpiar la jaula de vuestro hámster, poned hojas de morera a vuestros gusanos de seda y cambiad el

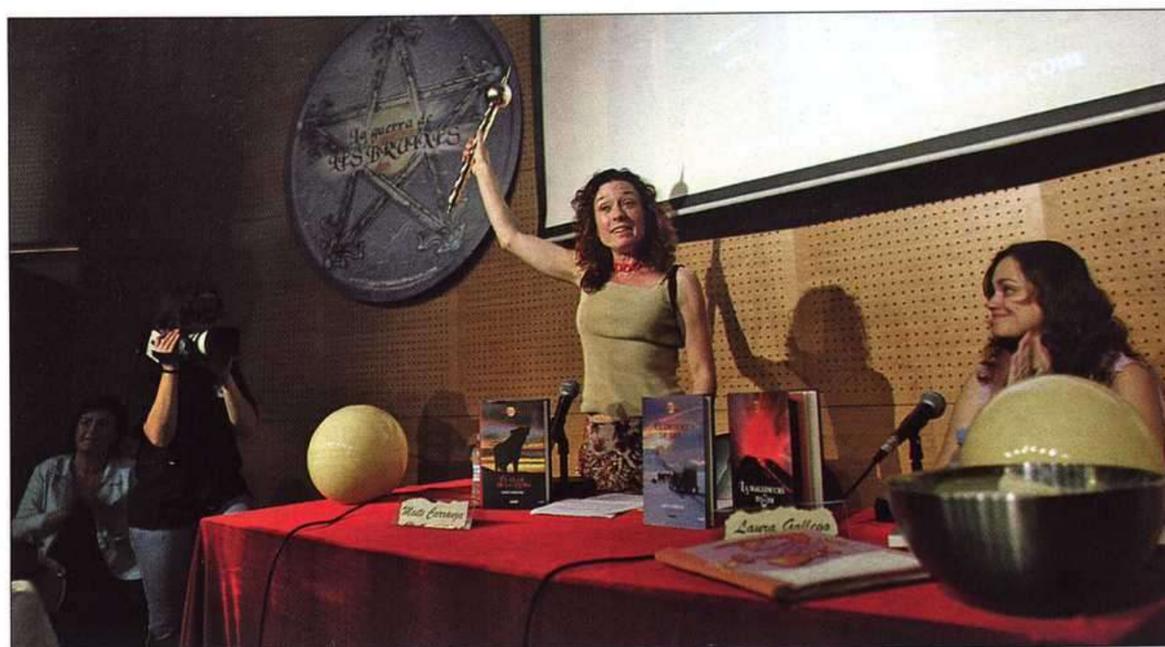
agua de los pececillos. ¿Quién sabe? Cualquiera de ellos podría ser Sefa Ceferina. ¡Es una niña tan especial...!». No siempre emplea la segunda persona cuando necesita dar algún buen ejemplo. Así, en *Leonor y la paloma de la paz* sigue con la tercera persona, pero personificándolo en una niña: «La paloma blanca volaba feliz entre las nubes. Había encontrado de nuevo el camino y llevaba su mensaje de paz en el pico. Leonor y sus amigos agitaban las manos deseándole suerte. La Paloma de la Paz sabía que no estaba sola».

La autora no es muy partidaria de utilizar su literatura para transmitir valores, aunque sí alude a ellos explícitamente cuando se dirige a los primeros lectores; en cambio, cuando interpela a los de más edad, no lo hace con la respuesta ya dada, sino con una pregunta abierta, como en *Iván, el aventurero* que termina así: «Y vosotros, ¿qué pensáis?».

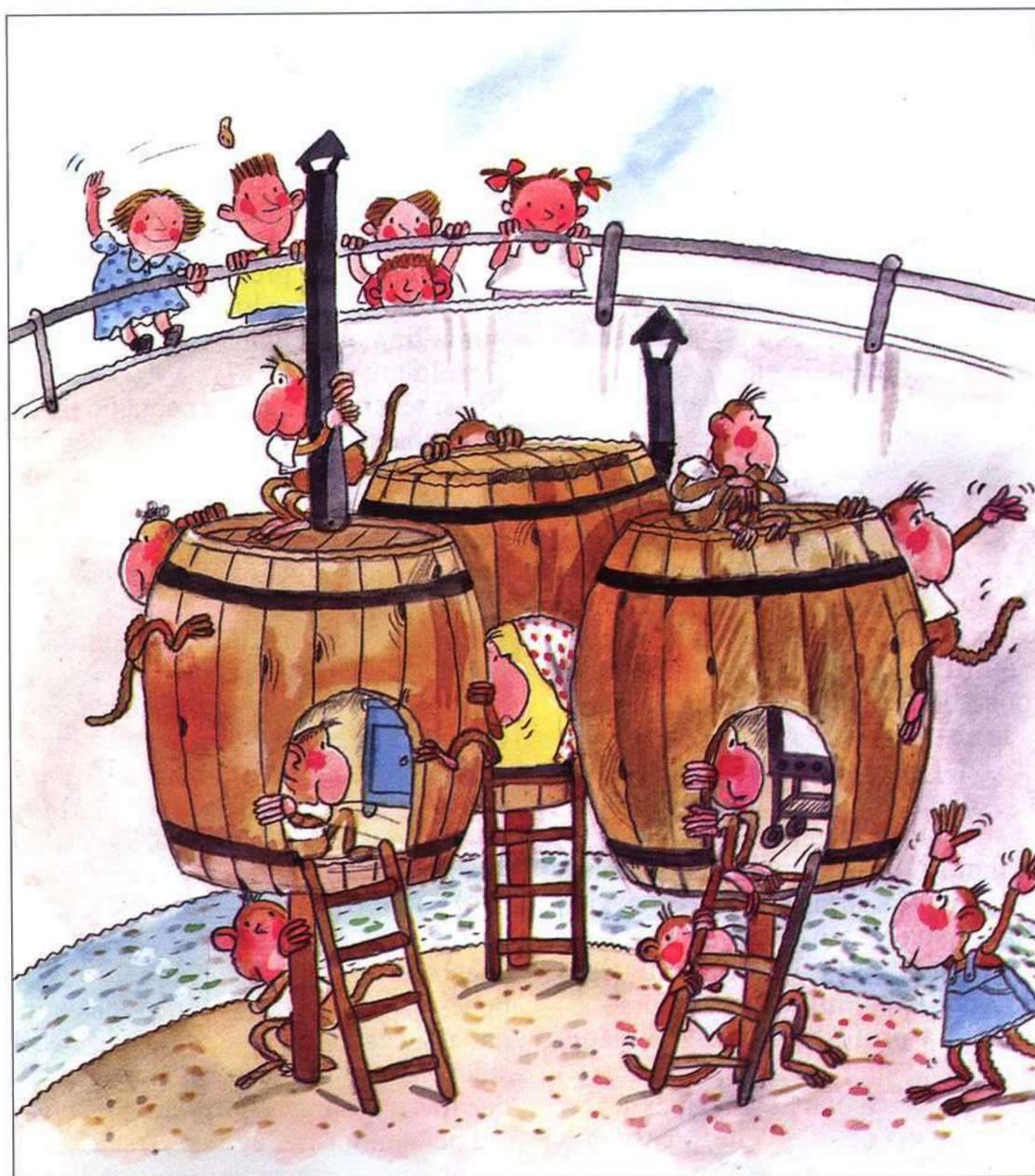
Maite Carranza también trabaja el cuento, lo vemos en *Prohibido llover los sábados*. Eric, el primer niño que aparece en la historia, está aburrido de que llueva en sábado e inventa una distracción singular: «Pensando, pensando, Eric llegó a la conclusión de que los días de lluvia no servían para ir a patinar, eran fatales para comer piñones en el bosque, resultaban peligrosos para hacer carreras con las bicis e impedían ir a bañarse al río... pero, en cambio, eran muy adecuados para ir al cine, jugar a las damas, fastidiar a los vecinos o contar cuentos. De todas las ideas que se le habían ocurrido, la que más le atraía era la última: contar cuentos» (p. 10). Y lo hace por teléfono, iniciando así una cadena de despropósitos que continúan Francis, Tania y Julián hasta tener un cuento «engañoso», aunque como dice la autora en el prólogo: «Pero... ¿eran en realidad cuatro cuentos diferentes? O... ¿tal vez era el mismo cuento contado de cuatro maneras distintas? Quizás jugaban al juego de los disparates sin saber...».

Niños difíciles

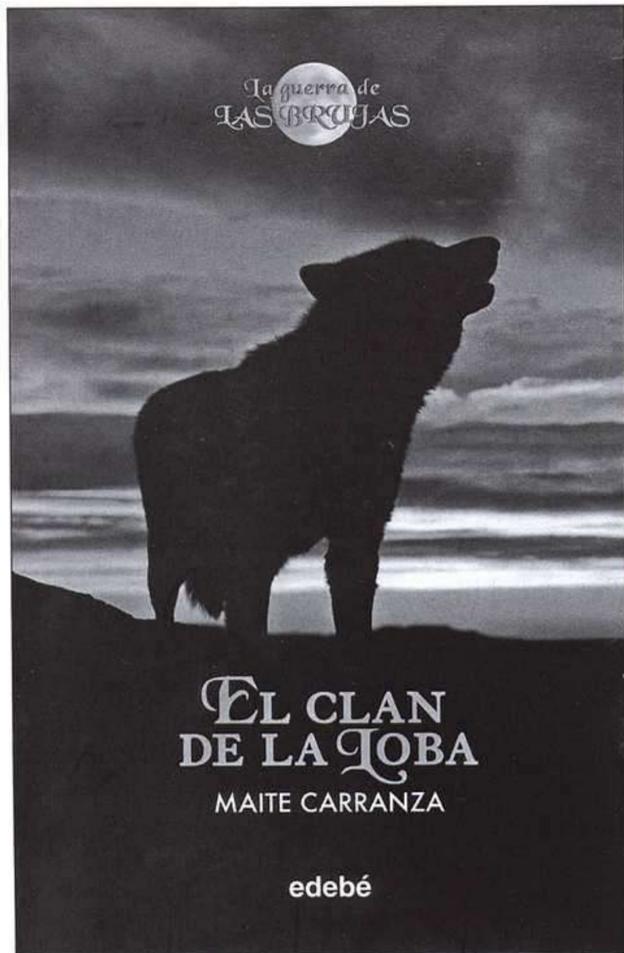
Maite Carranza suele manejar personajes muy alejados de los buenos modelos o, al menos, de los modelos aceptados. Son niños y niñas que aún no han



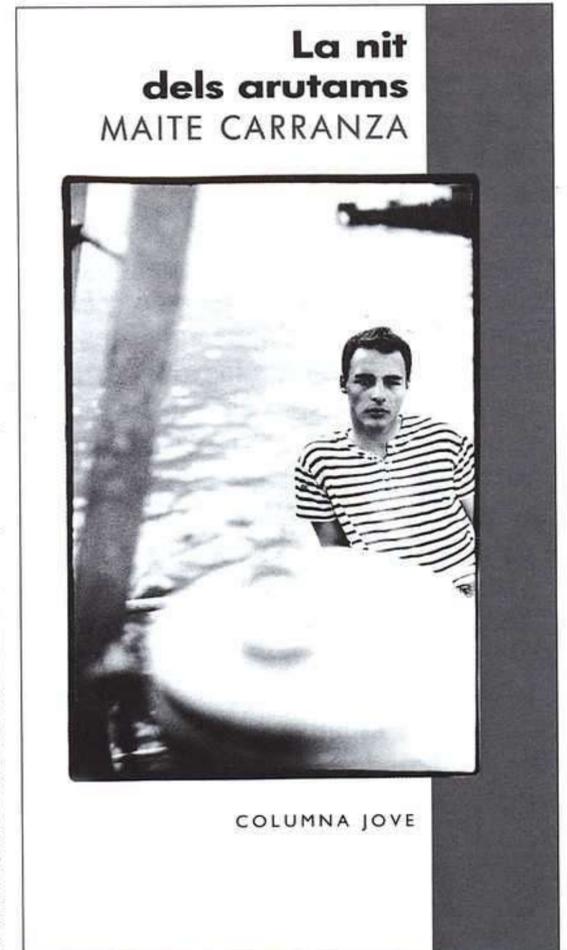
Maite Carranza, de pie con el cetro en la mano, en la presentación del último libro de la trilogía, junto a Laura Gallego. El acto fue en el FNAC del Triangle (Barcelona).



ROSER CAPDEVILA, LA SEFA MONA, TIMUN MAS, 1992.



JOAN ANTONI POCH, LA REVOLTA DELS LACTANTS, LA GALERA, 1987.



encontrado su lugar en el mundo y que tratan de abrirse paso de la única manera que saben: a codazos, a gritos, llamando la atención. Es una realidad que se oculta, lo sabemos bien los docentes, detrás de un mal comportamiento y no siempre es fácil enfrentarse a ella. Nuestra autora lo hace con humor, aunque detrás late una crítica rotunda a ciertas instituciones o ciertos métodos sociales más represivos que educativos. Laia, en *¡Toma castaña!*, es una de esas niñas que se pasa la vida molestando a los demás y tratando de incordiar, aunque quizá lo único que Laia necesita es un poco de atención. No es que sus padres la abandonen, no es que no la quieran, es que no saben cómo acercarse a ella y, mientras tanto, Laia trata de colmar su mundo interior como puede, buscándose otros amigos, creándose una burbuja a su alrededor. Y es que «Laia estaba ya un poco harta de oír que era una niña difícil. En el colegio no la querían admitir para el curso siguiente. La profesora de Inglés había pedido la baja por su culpa y hacía apenas dos semanas que la habían expulsado del equipo de atletismo. Pensaba a menudo que el mundo era muy injusto

y que había gente como ella a la que siempre tocaba la peor parte. Pero, en fin, tampoco se preocupaba demasiado porque, cuando se lo pasaba mal, en seguida tramaba alguna trastada para pasárselo mejor» (p. 17).

Así resume la niña su pequeño mundo de agobios: «El psicólogo está loco y me ha dicho que tendré que ir cada semana a la consulta, en mi casa están cada día más pesados, las gemelas me ponen enferma y en el colegio ni me dejan vivir» (p. 66).

Los párvulos que intervienen en *La rebelión de los lactantes* son unos niños bien complicados, aunque detrás tienen unas familias que, de alguna manera, propician su comportamiento. Estos niños son capaces de unirse cuando entienden que los lactantes pueden comunicarse y que si lloran, no es por fastidiar sino porque necesitan algo. Gil es un niño especial que entiende ese lenguaje y encabeza la «operación biberón». Los bebés, por fin, tendrán quien los entienda: «Nunca, hasta entonces, habían considerado que hablar para hacerse entender fuese un privilegio y que los bebés, tan pequeñines y frágiles, estaban en inferioridad de condiciones» (p. 60).

Niños con imaginación

En otros títulos de Maite Carranza los niños no pueden calificarse de conflictivos, aunque sí de especiales como los de *Prohibido llover los sábados* que, sin saberlo, por separado, tejen un cuento lleno de disparates.

Quica, en *Las cartas de Quica*, es una niña pequeña que está aprendiendo a leer y a escribir y que necesita exteriorizar su mundo; así, como no sabe a quién escribir, se inventa amigos a los que dirige cartas, con tan buena fortuna que le contestan ¡pero no ponen el remitente! Y ahí entra la magia del cuento: «Y siguió escribiendo y escribiendo, y cada día escribe a un niño diferente... ¿Quién sabe si te escribirá a ti?».

Sefa es una niña aparentemente normal, aunque es capaz de convertirse en distintos animales cuando quiere evadirse o huir del mundo. Siempre le sucede al estornudar: «Y como cuando estornuda se convierte en el animal que desea...» (*Sefa rata*). Así vive una doble vida, la de niña y la del animal en el que se metamorfosea con lo que se crean situaciones muy curiosas, como cuando tiene que explicarle a un pingüino que ella, en

realidad, no es una foca: «Es que yo, aunque no lo parezca, soy una niña, ¿entiendes? Aprendí a nadar cuando tenía cuatro años y antes llevaba burbujita; ahora soy una foca y así no me constipo; pero si mi madre se enterara de que llevo tanto rato en el agua se pondría hecha una furia y...» (*Sefa foca*). Sefa Ceferina no está muy contenta de ser niña y las transformaciones que experimenta son su forma de evasión: «¡Qué asco ser una niña! ¡Si fuera una gallina no me bañaría nunca!» (*Sefa gallina*).

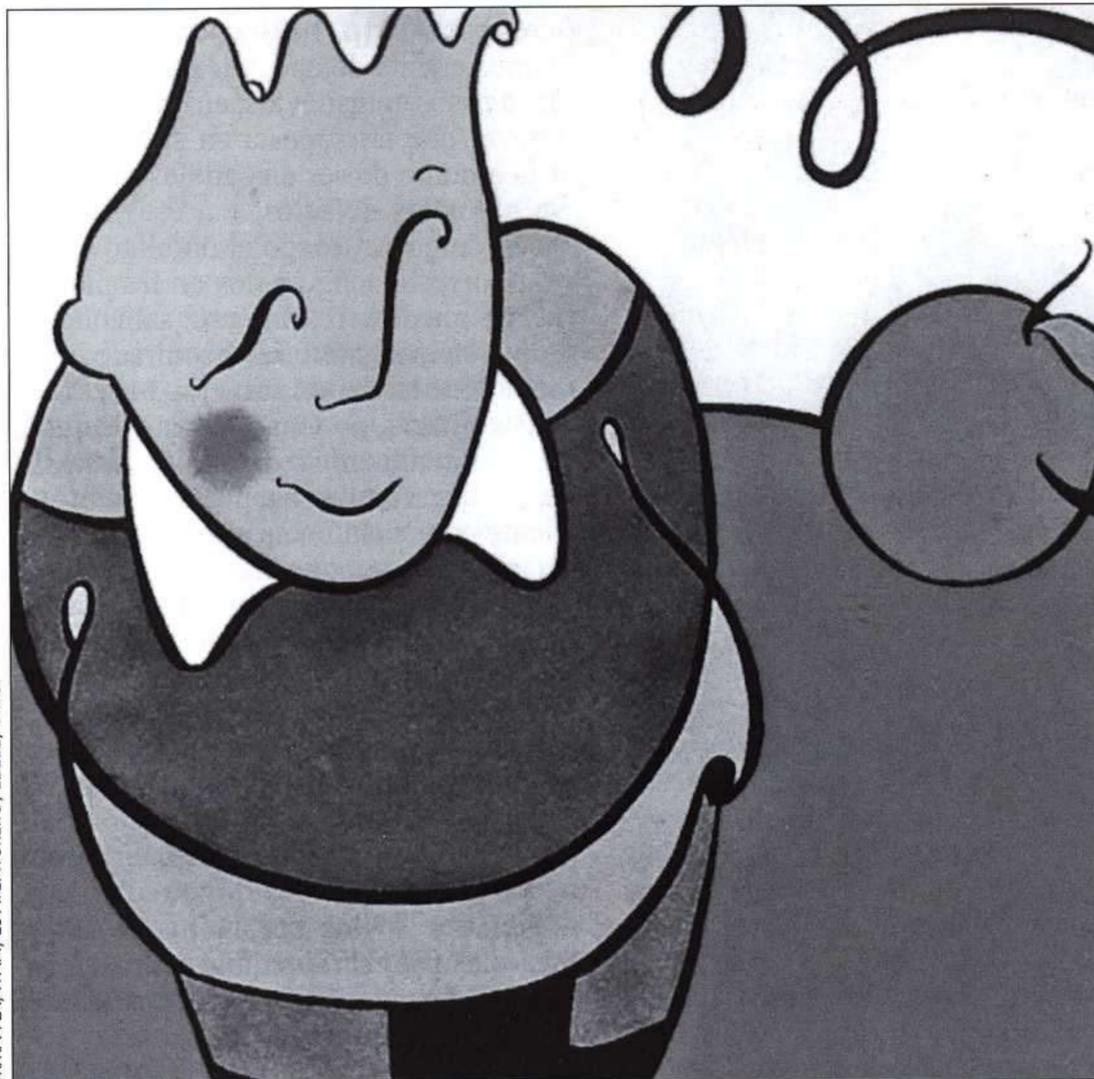
Otras niñas especiales son Filomena que mete la pata continuamente con sus actuaciones o Carolina, en la versión castellana. Filomena/Carolina es una niña que siempre tiene ocurrencias disparatadas, que es transgresora y que, pese a su corta edad, impone sus criterios. Leonor, en cambio, es una niña bondadosa que se apiada de la paloma de la paz y logra que sus amigos, que antes la habían perseguido, colaboren con ella y la ayuden. El cuento *Leonor y la palo-*

ma de la paz muestra que la unión en los buenos propósitos tiene más fuerza que en los malos. La paloma de la paz, al fin puede alzar el vuelo.

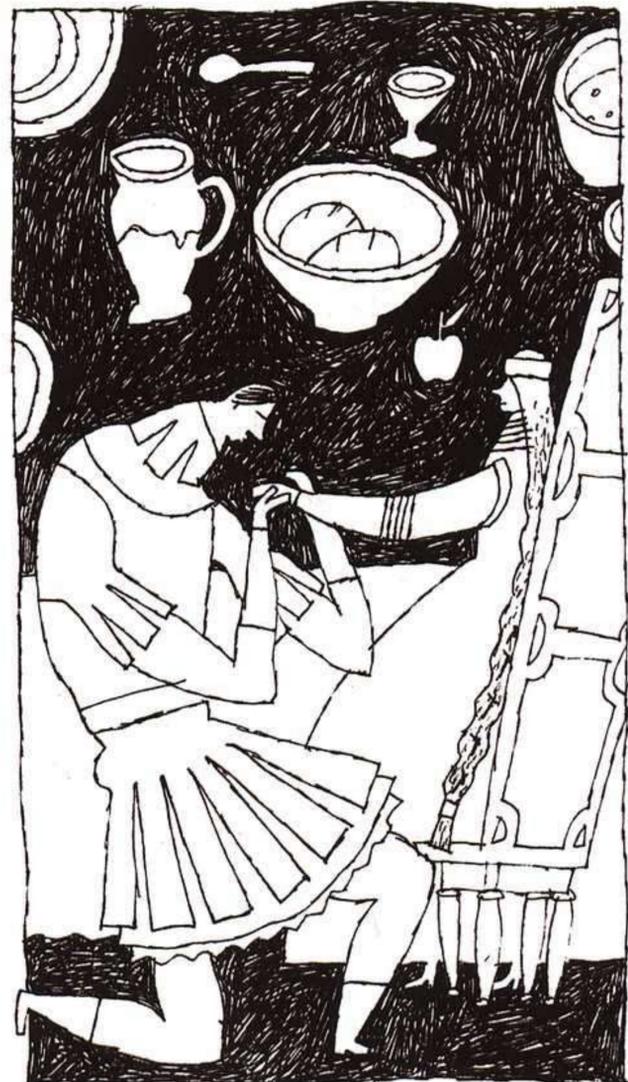
Mauro, el protagonista de *Mauro ojos brillantes* es un niño que no goza de buena salud, que siempre está enfermo, pero el problema no lo tiene él, sino su madre que lo sobreprotege de manera exagerada. Cuando Mauro, gracias a la intervención de su abuelo, descubre que es un niño normal, ya no hay virus que se le resista y se le ponen, al fin, los ojos brillantes por la alegría: «Y Mauro, que ahora ya sabía que su abuelo Indiana Jones volvería a visitarlo un día u otro, aprendió a jugar a todos los juegos y a practicar todos los deportes imaginables. Ya no hacía falta ponerle el termómetro jamás, porque, entre otras cosas, ya no se quejaba de nada y, por no tener, no tenía ni frío ni calor. Los virus los fulminaba con pasteles y a los microbios los aplastaba de un buen pelotazo. Era un niño sano» (p. 40).

Los niños que describe Maite Carranza son normales, aunque, estimulados o aguijoneados por la imaginación, son capaces de diferentes proezas. Eso le pasa a Iván que, cuando ve a su vecina llorando porque no tiene una naranja, decide desplazarse hasta la misma China a buscarla. Y es que a menudo la aventura está en el camino, no en la llegada, puesto que, cuando regresa, a su vecinita se le antoja otra cosa e Iván se acaba comiendo él mismo la naranja y planteándose nuevas aventuras: «Iván no daba la talla de sabiondo, de aquellos sabelotodos con el brazo en alto que tienen fritos a los compañeros de clase. Sin embargo, no era un tonto de remate de los que no entienden un chiste hasta que lo han hecho repetir cuatro veces y ha perdido toda la gracia» (p. 7).

Gaudenci, en *Esfuma't, Gaudenci!* —en castellano se llama Gustavo—, es uno de los hermanos menores de Cándida. Tiene 12 años, sufre de astigmatismo, le gusta mucho leer y no compren-



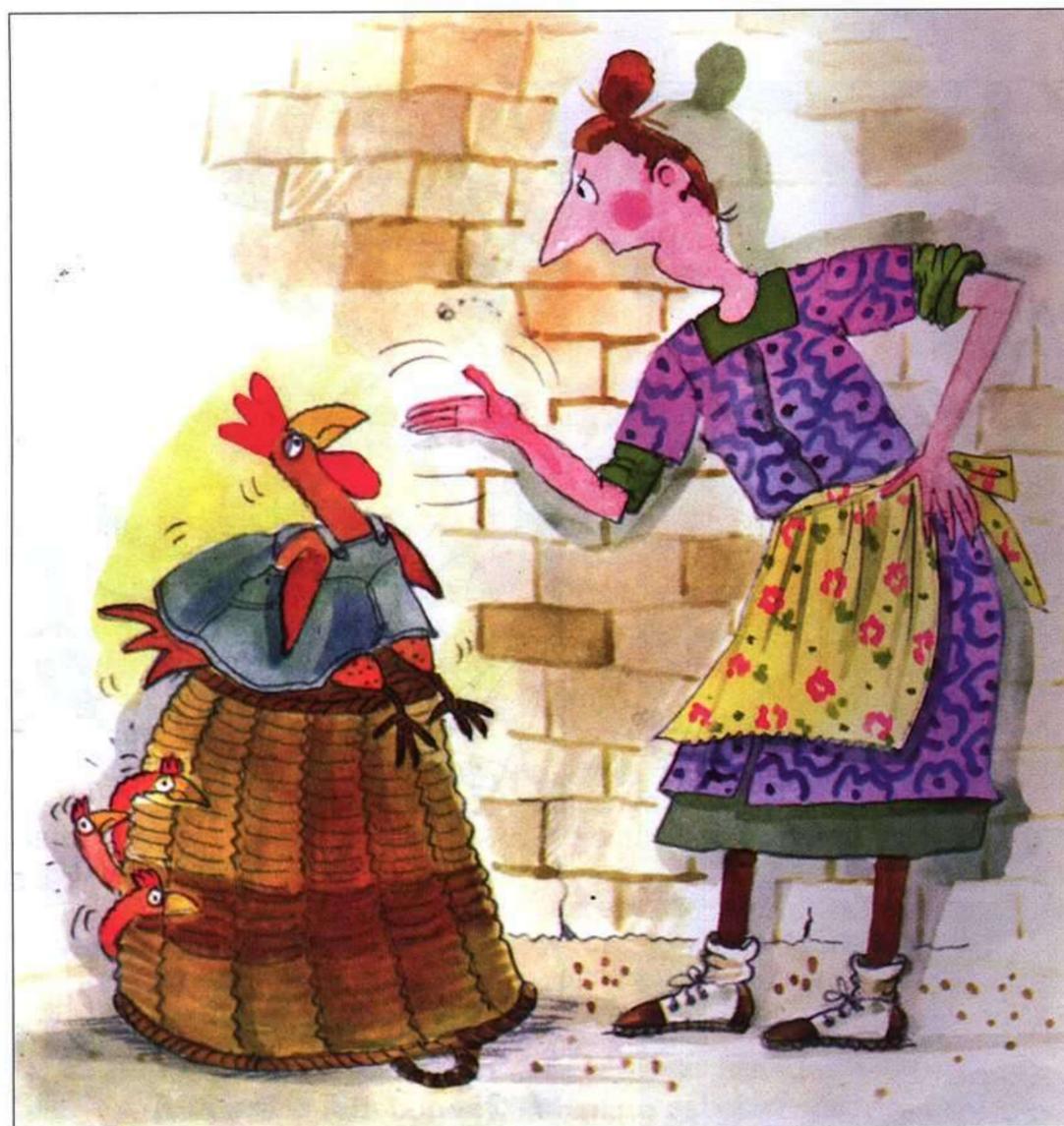
IMMA PLA, IVÁN, EL AVENTURERO, EDEBÉ, 1993.



PEP MONTSERRAT, LA PRINCESA JÚLIA, CRÚJILA, 1994.



EDERÉ.



ROSER CAPDEVILA, LA SEFA GALLINA, TIMUN MAS, 1991.

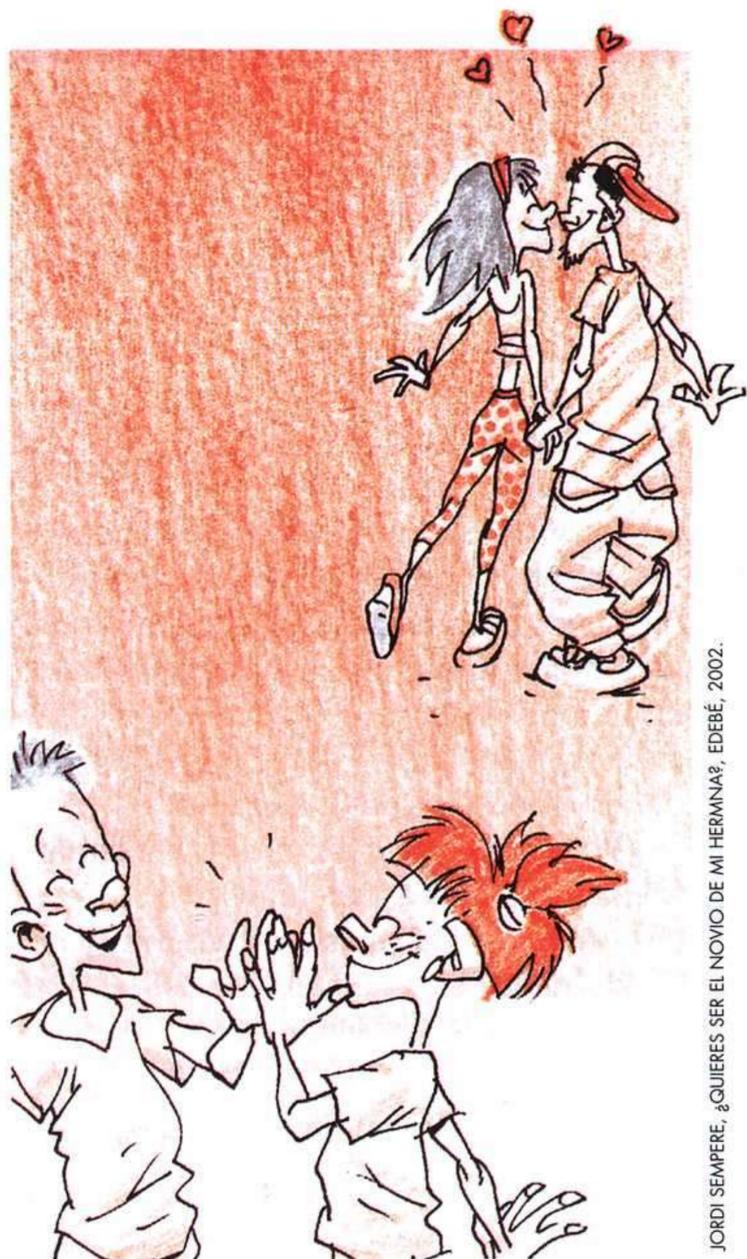
de a su hermana mayor, a la que observa y cuestiona. Gaudenci acaba entendiendo que puede servir de guía a su hermano pequeño, Marcelino, y eso es lo que le da nuevos bríos para seguir adelante porque, en el fondo, el problema de Gaudenci es que no sabe muy bien para qué ha nacido y eso, aun contado en clave de humor, es motivo de reflexión por parte de la autora.

Alicia, que tiene 11 años, en *¿Quieres ser el novio de mi hermana?*, se siente tan desplazada por su hermana mayor, que decide que «Quizá vale más no crecer» (p. 63) y organiza un plan rocambolesco para buscarle un novio a su hermana y que los deje tranquilos, pero el proyecto no sale bien, al principio, y ella llega a la conclusión de que «... no entiendo a los adolescentes ni a los adultos ni sé qué es una persona humana» (p. 108). Alicia se siente traicionada incluso por sus amigos y por su propio padre: «Fui la segunda y repetida. Esperaba que yo fuese un niño y como no he sido un niño ni me gusta montar en bicicleta le he decepcionado; no tiene ningún interés por mí» (p. 140). Poco a poco, nos damos cuenta de que Alicia está entrando, a pasos agigantados, en esa edad «fática» que no soporta en su hermana: está a punto de ser una adolescente y se ve todos los defectos: «... estoy demasiado delgada y tengo el ombligo salido y..., horror..., tengo pelos en las piernas y... no puede ser..., me está saliendo un grano en la frente... Me he mirado al espejo y me he deprimido» (p. 141).

Por último, podemos hablar de Julia, la niña imaginativa, que en *La princesa Julia*, que vive un cuento porque no se siente contenta con su existencia ni con su entorno, aunque finalmente decide que ser princesa de cuento no es precisamente lo que le gusta porque no quiere ser obediente y pedir siempre permiso al marido para todo; ella quiere ser Julia y vivir su propia vida.

Hermanos mayores y menores

Muchos de los protagonistas de las historias que escribe Maite Carranza tienen hermanos mayores o menores. Ella, sin ir más lejos, es la mayor de cuatro hermanos. Para sus personajes tener her-



JORDI SEMPERE, ¿QUIERES SER EL NOVIO DE MI HERMANA?, EDEBÉ, 2002.



MARGARITA MENÉNDEZ, FILOMENA FICALAPOTA, CRUJILLA, 1992.

manos es un verdadero tormento. Los hermanos generalmente son un incordio porque suelen captar la atención que ellos necesitan, porque son egoístas (o eso creen ellos); en fin, hay un auténtico problema entre estos chicos y chicas y sus hermanos. Tal vez sea cuestión de celos mal digeridos o un intento por parte de la autora de demostrar que las relaciones familiares no son siempre idílicas; aunque, eso sí, como siempre, la autora lo plantea todo en un tono desenfado. Por ejemplo, cuando describe a las hermanas gemelas de Laia dice de ellas: «Las gemelas eran idénticas, gorditas como dos cerditos. Parecía que tuvieran cinco años, aunque en realidad tenían seis; por eso a la gente le hacía tanta gracia, porque parecían muy espabiladas para su edad» (*¡Toma castaña!*, p. 13). La relación entre Laia y las niñas es pe-

nosa; ellas la rehúyen: «Laia arrastraba a las gemelas al colegio como todas las mañanas. Odiaba tener que ocuparse de sus hermanas, pero siempre era preferible a que las acompañara su madre. De cualquier modo, era un auténtico martirio, porque las gemelas iban refunfuñando y tropezaban cada dos pasos» (p. 27).

Berta, una de las niñas de párvulos que aparecen en *La rebelión de los lactantes*, tampoco aguanta a su hermana recién nacida y lo explica de manera muy gráfica: «No sabe hacer nada. Llorra y duerme y mama y nada más. Es un fastidio. No me dejan jugar con ella porque dicen que le haré daño y que la rompería. Y si es tan blanda, ¿por qué la han comprado, eh? [...]. Me habían prometido que jugaría con ella y ahora va y se rompe. Son unos embusteros...» (p. 29). A Sefa, la niña que se convierte en dis-

tintos animales, sus hermanos pequeños también le hacen la vida imposible y no creen que ella se convierta en animal, pero ahí la autora le echa un cable e implica a los lectores: «Los hermanos de Sefa están convencidos de que les ha contado una mentira, pero vosotros, que conocéis la historia, sabéis que Sefa ha dicho la verdad» (*Sefa mona*).

Cándida en *¡Frena, Cándida, frena!*, también se resiente de no ser hija única y se lamenta por eso: «Cándida estaba negra. Era imposible mantener una conversación familiar seria. En una casa de locos como la suya no había momentos redondos, todos eran cuadrados. ¿Por qué el destino no le había concedido el favor de ser hija única en vez de tener que compartir la mesa, la bañera y la madre con tres especímenes usurpadores?» (p. 6). No obstante, cuando hay al-



JORDI SEMPERE, ¿QUIERES SER EL NOVIO DE MI HERMANA?, EDEBÉ, 2002.



JOAN ANTONI POCH, LA REVOLTA DELS LACTANTS, LA GALERA, 1987.

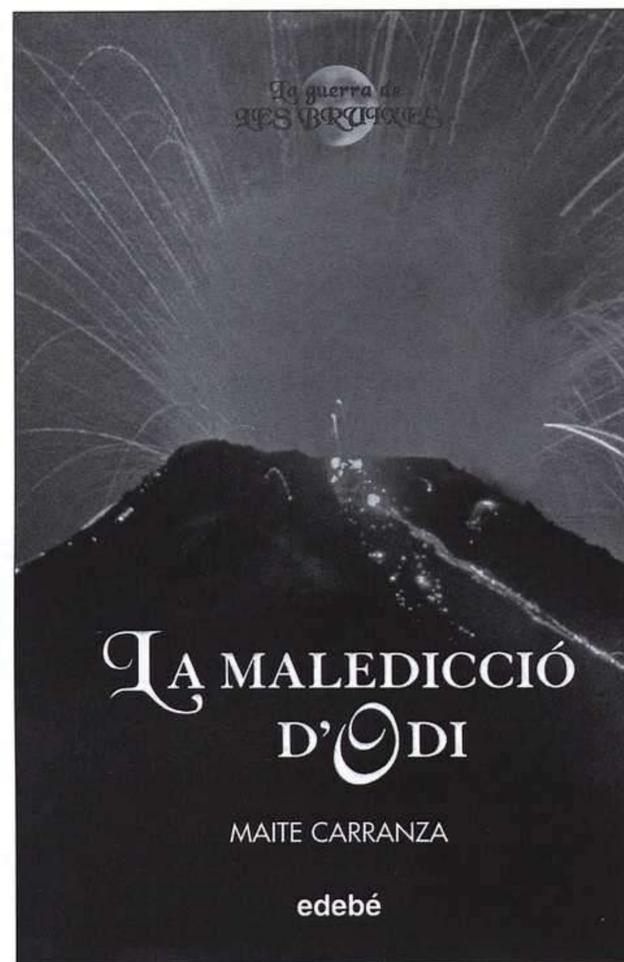
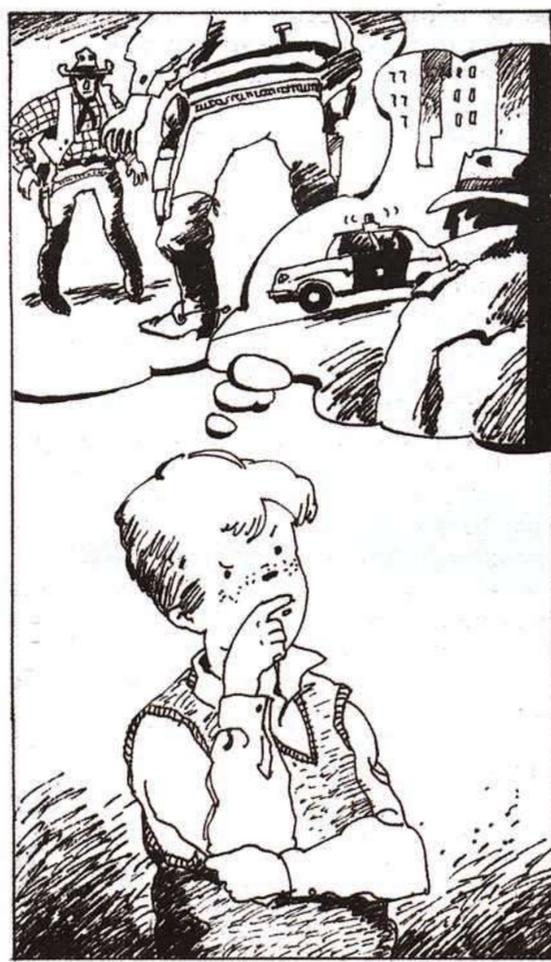
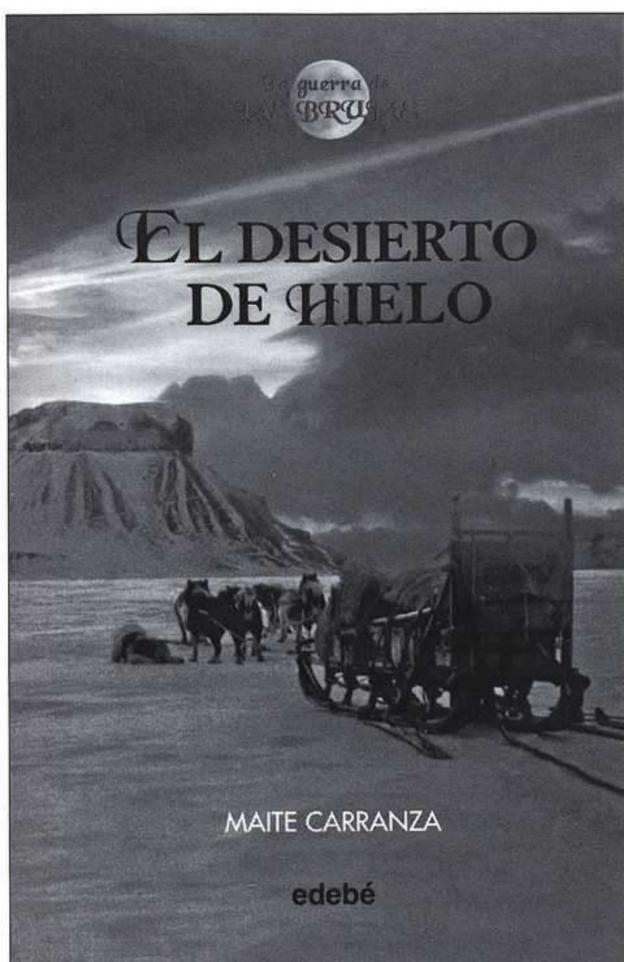
gún problema serio, los hermanos también reaccionan. Es lo que le sucede a Gaudenci/Gustavo con Cándida que, al verla al borde de una insolación, aquejada de una lipotimia, no quiere ni pensar en lo peor: «Sólo sentía un zumbido en los oídos y un temblor en las rodillas. Cándida, no. Cándida era mucha Cándida para convertirse en materia biodegradable. ¿Quién le llamaría microbio? ¿Quién le tiraría los libros al pasillo? ¿Quién le utilizaría vilmente y se lo agradecería con un puntapié? ¿A quién podría echar las culpas de su desgraciada condición de hermano segundo incomprendido?» (p. 132).

Otras veces, los hermanos pequeños no entienden a sus hermanos mayores, ya instalados en la adolescencia, que hacen un drama de cualquier cosa. Es lo que le ocurre a Francis cuya hermana está «en la edad del pavo». Maite Carranza hace parodia de ello: «Cuando la hermana de Francis ponía la voz ronca, lo hacía para demostrar que era muy desgraciada y que nadie la comprendía...» (*Prohibido llover los sábados*, p. 13). Es más, añade el mismo Francis: «Qué rollo, eso de los hermanos. Son un asco, ¿verdad?» (p. 54)

El caso más alarmante es el de Alicia, en *¿Quieres ser el novio de mi hermana?* Esta niña vive en perpetua zozobra por culpa de su hermana y se siente fuera de lugar: «Yo tengo once años y Sonia, que yo recuerde, me maltrata desde que nació. O sea que hace once años que me maltrata noche y día, pero no la meten en la cárcel porque es una menor y no pueden montarle un juicio, como a los nazis, por torturar a personas inocentes» (p. 12).

Adolescentes y jóvenes

Otilia, en *La selva de los arutam*, va a vivir la aventura de su vida puesto que, aburrída de su viaje de fin de curso por Groenlandia, sale del hotel y está a punto de meterse en un lío muy serio. Acaba, junto a dos seres distintos, un esquimal y un espíritu de los hielos, un *youq*, secuestrando un barco y a su capitán y enamorándose de él, de D. J. La novela está llena de aventura y de magia y es un claro precedente, por ambientación y por



el empleo de elementos mágicos, de su Guerra de las Brujas. Otilia, lejos de la rigidez, encontrará el amor, la magia y la aventura, pero, incluso, cuando estamos asistiendo a una escena de amor entre Otilia y D. J., la autora interviene riéndose y sembrando de nuevo el humor en ese momento especial: D. J. es la abreviatura de «Demetrio», aunque eso a Otilia le da lo mismo porque, por fin, sabe qué es el amor con él: «Los labios de D. J. estaban vivos y pronto sintió sus brazos estrechándola contra él. Otilia suspiró y se abandonó nuevamente a la locura del amor» (p. 175).

Cándida va todo el día acelerada, como una moto. La novela transcurre durante el curso escolar en que ella deja el colegio y pasa al instituto a cursar el entonces 1º de BUP (lo que ahora sería 3º de ESO). Tiene unas ideas rocambolescas y cambia de ánimo día sí y día también. No soporta a sus hermanos y vive un continuo baile hormonal. Cándida está creciendo y no encaja todavía en su cuerpo. Esa situación Maite Carranza la describe con un humor descoyuntado: «Ya no era una niña. De hecho era más

alta que su madre, gastaba un cuarenta y tenía tríceps de atleta...» (p. 8). Cándida cree que necesita una moto y piensa que si no se la compran su vida será un asco y así sucesivamente; ahora bien, los disgustos no logran quitarle el hambre y sufre más de un sobresalto cuando piensa que ha engordado y nada de lo que tiene le va bien. Cándida pasa por sucesivas crisis de identidad y vive sus 15 años de manera muy intensa; tanto que, incluso enferma por querer estar siempre ocupada como sus amigas porque, lógicamente, el mundo de sus amigas del alma es importante para Cándida. A lo largo de ese curso escolar se enamora y se desenamora y se vuelve a enamorar; tanto que sus propios hermanos andan desconcertados y se preguntan si se morirá pronto: «... porque ya hace muchos días que no me dice microbio repugnante, no me pega patadas ni me quita el chocolate» (p. 57). La autora se muestra directa al hablar de la adolescencia y trata de desdramatizar, por ello las situaciones que presenta son las cotidianas, pero sacadas de quicio, para que el lector pueda, tal vez, distanciarse y, por lo tanto,

verse a sí mismo reflejado o reflejada en Cándida.

Alicia muestra muy bien esa impotencia que se siente ante la adolescencia porque su hermana la utiliza por cualquier motivo, como eximente de su comportamiento: «Desde que en una charla en la escuela le dijeron que era una adolescente —que es algo así como tener anginas—, siempre que puede se aprovecha y te suelta que ella es una adolescente» (p. 17).

La protagonista de La Guerra de las Brujas es otra adolescente que tiene 14 años cuando se inicia la serie y ha cumplido 15 cuando termina. Anaíd, tal como leemos en el primer título, *El Clan de la Loba*, es una niña casi, totalmente desorientada puesto que se ha quedado sin su abuela, Deméter, y su madre, Selené, se ha marchado sin dejar pistas. Anaíd es una niña feúcha, que apenas ha crecido, que tiene muchos problemas para relacionarse y que presenta una autoestima muy baja. Se siente el patito feo, incapaz de tener amigos y muy desvalida. Esta niña, contra todo pronóstico, descubre que es una bruja, una

Omar, que descende del Clan de la Loba y que, encima, es la elegida para poner paz entre las facciones enfrentadas desde tiempo inmemorial. Finalmente, Anaíd empieza a ser consciente de que ella, de verdad, es la elegida: lo descubre claramente cuando ve que su pelo, que ella creía de otro color porque se lo teñían, es rojo. No obstante, como leemos en la segunda entrega, *El desierto de hielo*: «en cualquier momento puede reaccionar como lo que es, una chica de quince años» (p. 11). Anaíd en realidad se llama Diana, sólo que le han dado la vuelta al nombre para protegerla. Iban a ocultarla hasta que cumpliera 15 años.

Las brujas Omar, que siempre se han escondido y que usan su magia para buenos fines, se ven desbordadas ante el empuje de Anaíd que, sin quererlo, va cumpliendo cada uno de los presagios funestos que sobre ella se habían tejido, aunque Selene está convencida de lo contrario: «Mi bebé sería una niña y tendría los ojos azules de Gunnar y mis largas piernas. Fue concebida la noche del solsticio y heredaría lo mejor de sus progenitores, por encima de maldiciones y malos augurios» (*El desierto de hielo*, p. 226). Anaíd descubre en carne propia que «... la vida no era un camino recto y previsible, que estaba llena de curvas, de placas de hielo, de encrucijadas y de baches; que no podía poner la directa, apretar el acelerador y relajarse» (*La maldición de Odi*, p. 140).

Anaíd coincide con Cándida o Sonia en esa etapa crucial de sus vidas: la adolescencia. No obstante, Anaíd da un paso más, puesto que de ella se espera que lidere la «guerra de las brujas» y lo haga sin dejarse tentar en ningún momento por falsos espejismos.

La escuela y la rigidez

El ambiente en el que se mueven los niños y jóvenes que retrata Maite Carranza es el habitual: la casa, la escuela, los lugares de ocio... No obstante, lo diferente aquí es el tratamiento esperpéntico, grotesco que hace la escritora de esos ambientes. Por ejemplo, la escuela no sale muy bien parada a los ojos de Laia: «Las clases le resultaban un suplicio. No soportaba tener que estarse tantas horas



Maite Carranza entrevista en la Feria de Frankfurt de 2007, en la que Cataluña era la invitada de honor. La autora presentaba su trilogía traducida al alemán.

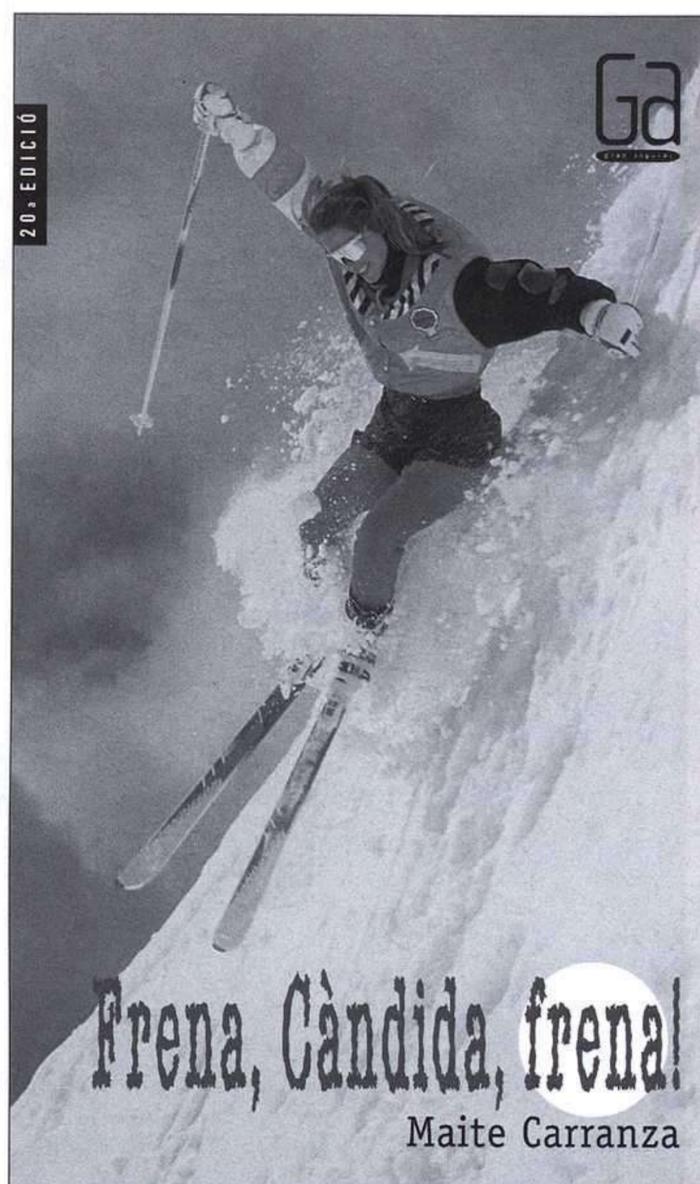
sentada, sin otra cosa que hacer que escuchar unas explicaciones aburridísimas y contestar preguntas que consideraba estúpidas. Por eso siempre intentaba cualquier cosa que le permitiera divertirse un poco» (*¡Toma castaña!*, p. 30). En *La rebelión de los lactantes*, la presión que sufre la señorita de párvulos es tal que vive en perpetua aceleración y zozobra: «Por las noches tenía pesadillas donde, a menudo, aparecían pandillas de párvulos con caras feroces que la perseguían y la torturaban hasta que se despertaba chillando y bañada en sudor» (p. 24).

El mundo de los adultos es ordenado y gris, cada cosa está en su sitio y no cabe la improvisación. Los padres de Laia, los de Chema y la madre de SD4 son así, bien organizados y, por lo tanto, viven inquietos porque sus hijos o su madre no responden al modelo que ellos han establecido. La verdad es que resulta chocante ver cómo una abuelita como SD4 actúa como una niña y eso atormenta a su hija: «Es que no puedo quitármela de la cabeza. Ustedes ni se imaginan las que me hace pasar. Se pelea continuamente con mis hijos como si fuera una

criatura, se viste de manera horrible y cuando habla no la entiendo. Mi marido y yo ya la hemos llevado a un montón de psicólogos y psiquiatras, pero no hay manera de sacar nada en claro» (*¡Toma castaña!*, p. 178).

Los padres de Laia también quieren llevarla al psicólogo y ella se resiste de tal manera que opta por escaparse de casa. La madre de Mauro, en *Mauro ojos brillantes*, cuida tanto de su hijo que ella misma le impide ser un niño sano y se sorprende cuando actúa como tal: «¡Menuda barbaridad! ¡Qué asco! ¿Estás herido? ¿Te han secuestrado? ¿Cómo te lo has hecho? En la cocina te tengo guardado tu vasito de leche, tu sopita, tus pastillitas para la tos, tu jarabe y la bolsa de agua caliente para ir a dormir, pero antes tendré que bañarte y desinfectarte. ¡Pobrecito mío!» (p. 36).

Fraile, el padre del pequeño Guillermo, va a ver, con su mujer, al doctor Tupí, en *La rebelión de los lactantes*, y no le parece bien que los pequeños salgan contentos de la consulta porque él es un adulto que defiende el sufrimiento y el estoicismo: «La vida es dura. Ya sabes lo que



pienso. Que empiecen a sufrir desde pequeños, que aprendan que no todo es coser y cantar» (p. 39). Su filosofía de la vida es realmente demoledora: «La vida es muy dura. Que aprendan que en los momentos más inoportunos, cuando lo estén pasando bien, ¡zas!, se les puede caer el mundo encima. Deben acostumbrarse a sufrir desde ahora, porque si no, después, el trompazo será más fuerte» (p. 51).

La madre de Julia también está en esta línea y no soporta que su hija aún juegue con muñecas y mucho menos que hable con una en especial; no sabe que su hija lo necesita para poder crecer. El doctor Peddeckoe, en *La selva de los arutams*, es un antropólogo que se aprovecha del trabajo que hacen sus discípulos y que copia, descaradamente, todo lo que puede para mantener su prestigio y su fama, aunque no escapa sano y salvo de esa última aventura. Ahora bien, Maite Carranza, incluso cuando escribe sobre situaciones dramáticas, lo hace con gracejo y salpicando el texto con notas de ironía y de mordacidad. Son dignos de leer los pasajes en que el doctor se comunica con sus hijas.

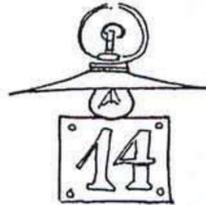
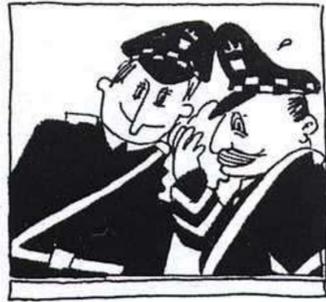
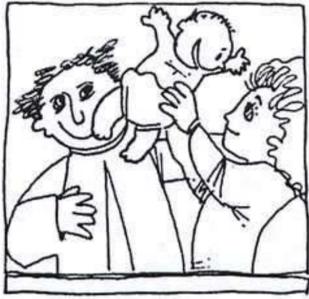
Ancianos y adultos fuera de lugar

El mundo que pinta la autora está dominado por los adultos, que no siempre aciertan, y saboteado continuamente por los niños y jóvenes que van abriéndose camino a trompicones. Pues bien, de vez en cuando nos encontramos con figuras de ancianos o adultos que parecen estar fuera de su propia realidad, que no se comportan como adultos porque viven más cerca de los sentimientos, porque no se dejan perturbar por las convenciones y, por lo tanto, están cerca de esos niños y jóvenes rebeldes. Entre ellos no hay abismo generacional. Eso ocurre con SD4, que es una abuela estafalaria, viste como una adolescente, se pelea con sus nietos por la televisión y cree en los sueños y en los proyectos de Laia. Por eso son amigas. Esta abuelita es la que iniciará, junto a Laia y su amigo Chema, una aventura llena de despropósitos. Juntos escapan de sus casas y entonces la abuelita, para darle apariencia de verosimilitud a la situación, se viste como una señora normal y se hace pasar por la

abuela de Laia aunque para ella es un verdadero suplicio hacerlo.

El doctor Tupí y Alicia, el pediatra y la canguro respectivamente de *La rebelión de los lactantes*, son otros adultos que no encajan en su mundo, que rompen los esquemas. Para empezar el doctor Tupí expide recetas rarísimas que gustan mucho a los niños y poco a las madres: «Pelí... cula cada semana; chocolate... ¿para cenar? Bici... durante el verano. Y un... ¡chándal! —concluyó indignada—. ¿Qué es esto? ¿Una broma?» (p. 36). Y es que el doctor tiene unas ideas muy pintorescas acerca de la salud; muy alejadas de lo establecido y correcto. A Maite Carranza el mundo de la salud infantil y juvenil le preocupa mucho, como madre que es, y muestra, siempre, una actitud muy clara: menos medicamentos y más juegos y vida normal, sin alteraciones, como también leemos en *¡Frena, Càndida, frena!*

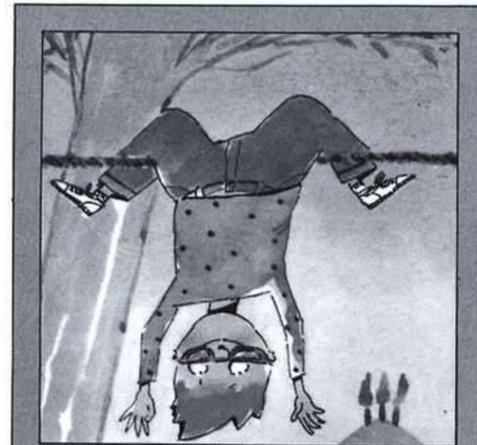
Alicia, la otra adulta importante en *La rebelión de los lactantes*, es una canguro más que atípica: se entiende muy bien con los niños y no es comprendida por los padres; por eso tiene que cobrar



JOAN ANTONI POCH, LA REVOLTA DELS LACTANTS, LA GALERA, 1987.

Maite Carranza

OSTRES TU, QUIN CACAU!



«El senyor Rocaplana va arribar a casa seva enrabiat. Ja era el tercer cop que el cridaven de la comissaria i sempre pel mateix motiu: la seva filla Laia.»

L'ESPARVER
Autors Catalans

por adelantado. Alicia y el doctor Tupí van a ser los cabecillas de una revolución bien extraña: la de los lactantes. Tal revolución produce situaciones disparatadas, descoyuntadas e hilarantes, aunque no exentas, como suele hacer siempre la autora, de crítica. Por ejemplo, hay un pasaje de antología en el que se describe el atraco a la farmacia por parte de los párvulos que necesitan cosas para los bebés; el hijo del farmacéutico, un adolescente aburrido al que nunca le pasa nada, está encantado con la situación.

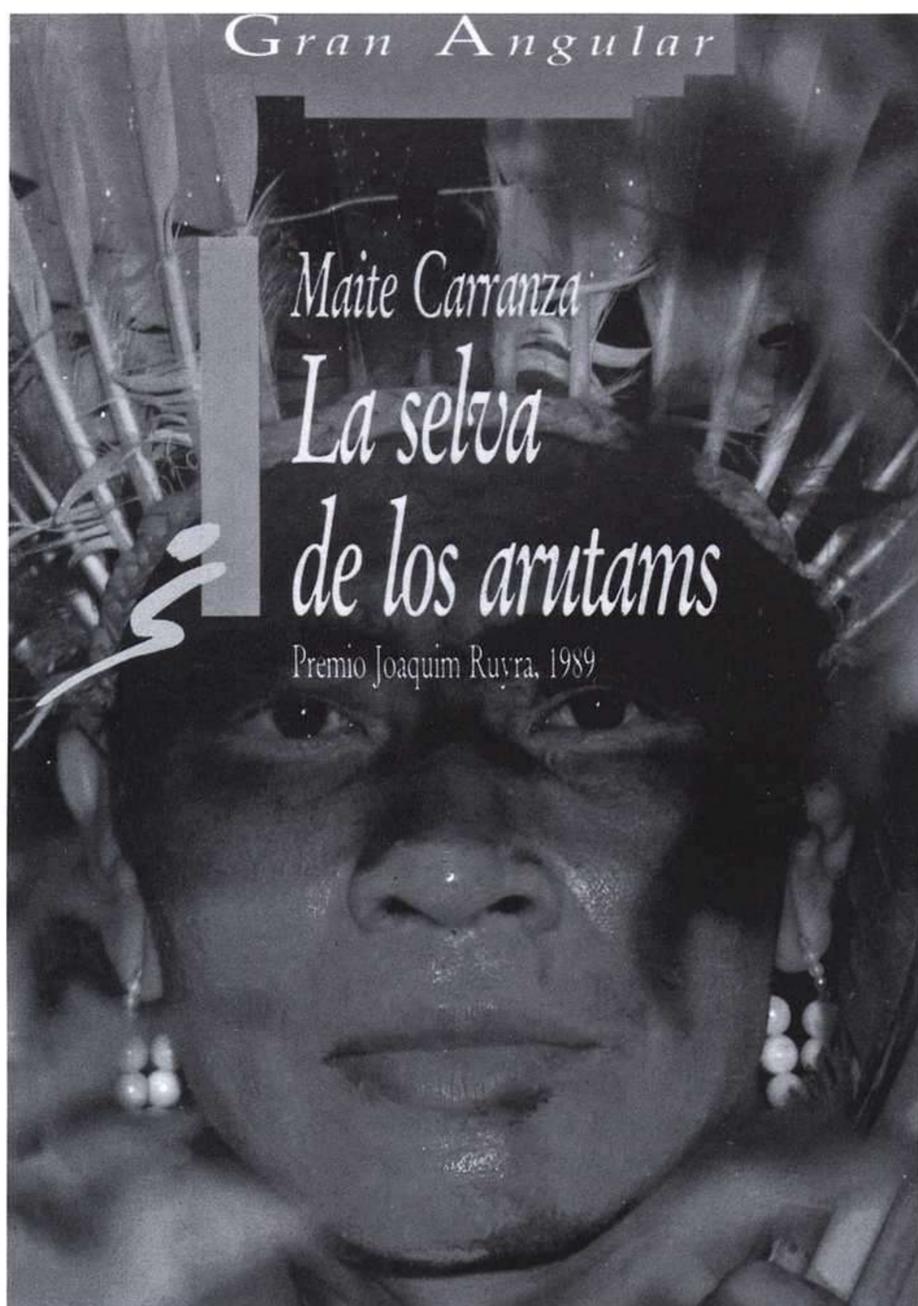
El abuelo de Mauro también tiene soluciones brillantes para combatir las enfermedades del nieto: aire libre, juegos, bici... lo normal para un niño como él. Este abuelo es atípico y está en la línea de los adultos excéntricos de Maite Carranza: «Un hombretón con cabellos grises, vaqueros, cazadora de piel y curtido como un indio se lanzó sobre él como un ciclón, lo levantó como una pluma y lo llenó de besos. Tenía un abuelo Indiana Jones» (*Mauro ojos brillantes*, p. 10).

Las madres de Cándida y de Sonia son también geniales; mujeres llenas de vitalidad y además con mucho sentido común, que no hacen una montaña de un grano de arena. La madre de Cándida es verdaderamente corrosiva en sus respuestas y pone en su lugar a su hija, pero sin perder el sentido del humor. La madre de Sonia y de Alicia destaca porque conduce de manera temeraria y le gusta jugar a cartas, tanto es así que Alicia llega a tener celos de que su mejor amigo, el Zanahoria, prefiera pasar el tiempo con su madre porque se divierte más.

Wilfredo, en *La selva de los arutams*, es otro personaje, casi adulto, fuera de lugar. Estudiante prometedor y explotado por su profesor, decide, al llegar al territorio jíbaro, que se queda con ellos y así, por fin, se siente aliviado y encuentra que pertenece a alguna parte. Maite Carranza, de paso, critica la sociedad capitalista y habla de ese otro tipo de vida más respetuoso con la naturaleza: «Aquí todo es tan natural que

hasta he aborrecido el tabaco; ahora fumo hierbas integradas en el paisaje. Yo también me siento integrado en mi entorno, y supongo que se me nota. Esto es como un paraíso natural: tomas lo que deseas, y lo que no necesitas no lo coges, pero tampoco lo destruyes, como hace nuestra civilización por el placer de destruir...» (p. 153).

Selene, de la trilogía *La Guerra de las Brujas*, es la hija de la matriarca, una mujer extravertida de la que nos hacemos, al principio, una idea equivocada. En *El desierto del hielo*, Selene se sincera con su hija en una larga conversación, salpicada de contratiempos, y la pone en antecedentes de su propia historia; pensó durante mucho tiempo que su madre la había abandonado, cuando lo único que hizo fue tratar de protegerla: «Selene actuó como la zorra taimada, que aleja a los cazadores de sus crías y los provoca astutamente con su reclamo. Selene traicionó por tanto al espíritu de su clan y confundió a las Odish. Todas,



Omar y Odish, creyeron en su condición de elegida» (*El Clan de la Loba*, p. 356). Selene sigue defendiendo a su hija incluso cuando parece que es imposible. Es ella quien instiga a las Omar a luchar, quien dice que ya basta de pasividad. Podríamos también referirnos a otros personajes femeninos relevantes en la trilogía como Valeria o Elena o Karen.

Finales abiertos

Las peripecias que plantea en sus obras Maite Carranza son tan rocambolescas que la aventura se enreda en diversas acciones; tantas que el lector va de sorpresa en sorpresa, como sucede ya en su primer título. En *¡Toma castaña!*, precisamente, el final queda abierto porque, tras la escapada, ni Laia, ni la abuelita ni Chema podían volver a la realidad y deciden escapar juntos porque no se sienten capaces de volver a un mundo que no los acepta como son, que les

marca normas absurdas y que, sobre todo, no los tiene en cuenta.

El secuestro de los lactantes por parte del doctor Tupí y Alicia no sale bien y deciden huir, aunque las madres de los bebés lo lamentan porque han estado muy tranquilas con los niños fuera y han fundado una Asociación de Defensa de los Lactantes. Eso no lo saben los secuestradores, que deciden huir disfrazados hacia, lo que creen que es la Patagonia, si bien nunca lo sabremos. Entre tanto, los párvulos, en su clase, se quieren vengar del niño chivato... pero tampoco lo hacen porque se impone una nueva aventura: Gil no sólo es capaz de entender a los bebés, sino también a los animales...

El final de *La selva de los arutamans*, por poner un último ejemplo, también es incierto ya que los protagonistas, después de haber vivido mil aventuras en el Amazonas, tienen que regresar a sus vidas y no se sabe muy bien cómo lo lograrán. El camino iniciático se ha termi-

nado y hay que regresar. A Otilia «la inquietaba el futuro. La inquietaba el lodo tenebroso. La inquietaba la felicidad conseguida. Sonrió sola en la oscuridad. Finalmente, había hecho realidad su sueño de amor y aventura» (p. 175).

La antropología

Cuando escribe, la autora no olvida sus intereses personales y entre ellos destaca su condición de antropóloga a la que alude, de manera directa o no, en algunos de sus títulos. Le interesa el conocimiento del ser humano, sus costumbres, su manera de pensar y sus orígenes. Así, en *La rebelión de los lactantes*, el excéntrico pediatra doctor Tupí investiga y descubre la clave que le permite llegar a entender el lenguaje de los lactantes: «La fórmula consistía en una combinación matemática entre diversos elementos, como los sonidos guturales y bilabiales que producen los lactantes, la

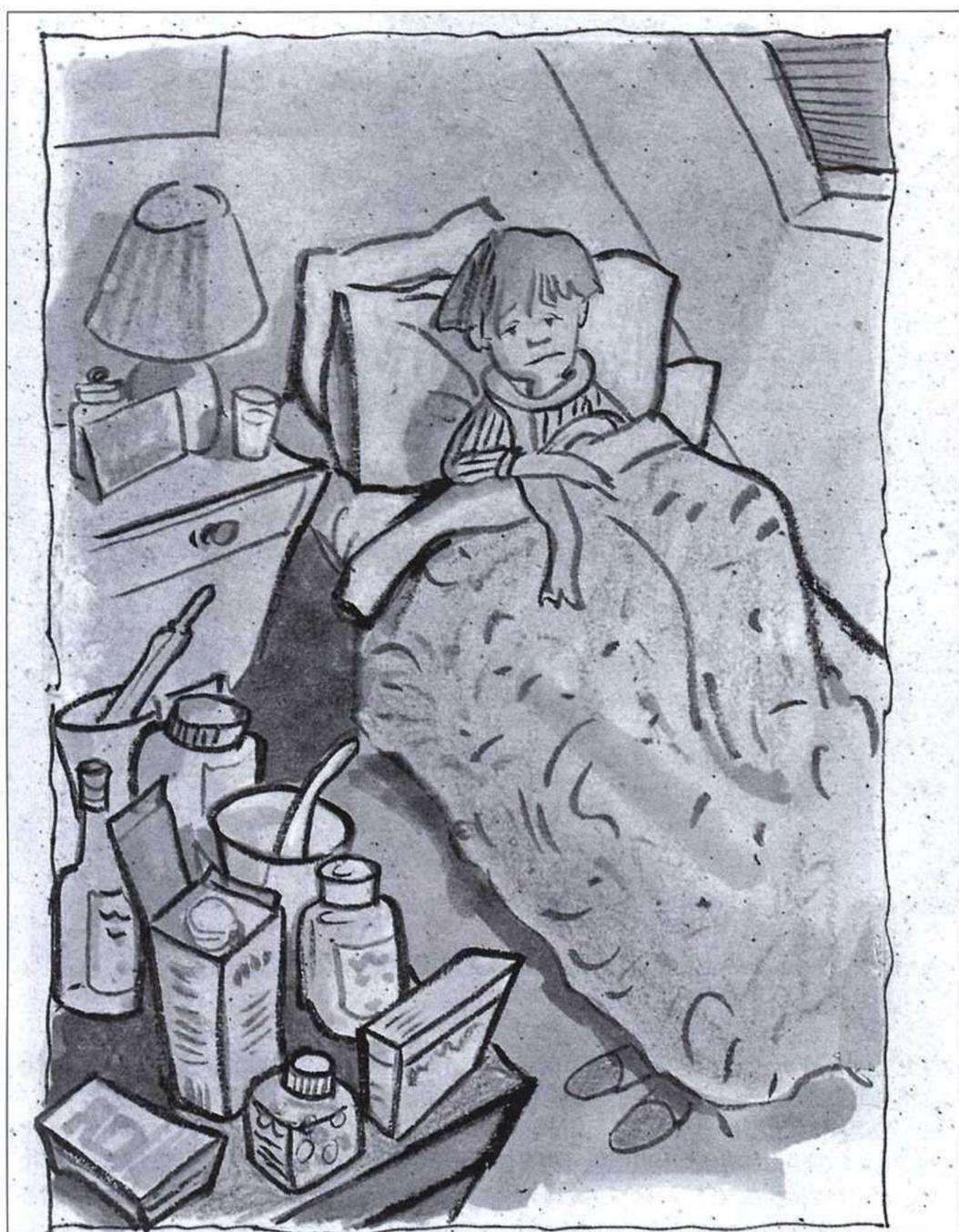
variación en la gama de tonos, la intensidad y los intervalos temporales entre los sonidos» (p. 33).

La selva de los arutam se centra, directamente, en el mundo de la antropología, puesto que los personajes intentan demostrar la existencia de los arumats, relacionados con los jíbaros y con el concepto que ellos tienen del espíritu y del alma. Así, Wilfredo define bien el concepto de antropología cuando dice: «Los antropólogos, cuando hablamos de cultura, nos referimos a las formas de vida y de adaptación al medio de las diversas sociedades del planeta» (p. 93).

Con la trilogía, Maite Carranza ha iniciado una nueva etapa en su vida personal y profesional que tiene mucho que ver con su condición de antropóloga. Nos propone, en la serie, un universo puramente femenino y lo explica así: «Habitualmente el poder ha estado detentado en todas las sociedades conocidas por hombres. La mayoría de magos, hechiceros o chamanes están reconocidos en las tribus como autoridades y dominan la esfera pública (ceremonias, rituales, reconocimientos, cargos). Así lo fueron también los druidas que ejercían un gran poder entre los celtas y de ahí su tradición. Las brujas, en cambio, no estaban ni han estado nunca vinculadas al poder. Sus conocimientos y sus prácticas mágicas se han *ocultado* a la vista o se han reduciendo siempre al terreno estrictamente privado, como casi todo lo que concierne al mundo de las mujeres».⁸

La autora se ha documentado muy bien para escribir estos libros protagonizados por mujeres que conectan, íntimamente, con los misterios de la tierra, con la creación y con la vida. Son, insistimos, tres novelas llenas de aventura, de elementos reales que se van uniendo a otros imaginarios o inspirados en leyendas o en creencias que Carranza, como antropóloga, insistimos en ello, conoce muy bien.

Sus brujas no tienen nada que ver con Harry Potter, situado en otras latitudes, y sí con la cultura mediterránea y esas primeras religiosas que adoraban a la madre Tierra como símbolo de prosperidad. En este sentido, se aleja de la literatura fantástica nórdica y se centra en una tradición, en unos parámetros nuestros, es decir, cercanos a las leyendas y mitos



GEMMA SALES. EN MAURICI SERRELL SUAT, EDEBÉ, 2007.

autóctonos, del territorio español. «Para hablar sobre brujas recurrí al imaginario popular, consulté bibliografía y estudié algunos procesos históricos contra la brujería. No quería arriesgarme a incurrir en tópicos y a beber únicamente de las fuentes de la maravillosa fantasía sajona y escandinava. Deseaba hablar de brujas autóctonas [...]. Inventé unas brujas de carne y hueso y concebí un mundo de mujeres organizado en linajes, clanes y tribus vinculados a la naturaleza. [...] El universo de las brujas ya había sido creado; faltaba poblarlo de mujeres. Y tracé los perfiles de brujas de todas las edades: madres, hijas y abuelas que vivían ocultas entre nosotros aquí y ahora».⁹

La autora trata la brujería desde un punto de vista real y cercano; sus brujas son comadronas, sanadoras e intérpretes de algunos signos naturales. Son las brujas que acabaron siendo pasto de las hogueras de la Inquisición por atreverse a pensar y por ejercer un oficio. La propia autora comenta que «hay diversas teorías al respecto, pero es probable que en esos momentos la profesión médica emergente considerase un estorbo la competencia de las comadronas y sanadoras tradicionales que tenían su parroquia y sus clientes. ¿Qué forma mejor para desacreditar a mujeres con conocimientos que acusarlas de brujas en el sentido demoníaco del término?».¹⁰



MERCÉ ARÁNEGA, LES CARTES DE LA COÏA, LA GALERA, 1983.

La fuerza del humor

Maite Carranza juega con las palabras y los nombres y los distorsiona. Así, los nombres propios suelen tener siempre un doble sentido, por eso no siempre coinciden en catalán y en castellano, porque los juegos de palabras son distintos en cada idioma. No obstante, también acude a situaciones disparatadas, como hemos visto. Ahora bien, su obra destaca por el derroche verbal, por el gracejo que imprime a sus situaciones, por la frescura con que relata los principales avatares. Así, en *Prohibido llover los sábados*, organiza una serie de cuentos llenos de

imaginación y paralelos entre sí. Destaca el que cuenta Julián sobre un reloj y sus doce horas (capítulo 8), que es el que cierra el libro y justifica el título.

En *La selva de los arutam* también hay momentos de crítica llenos de humor, como cuando los indios de una zona del Amazonas, ante la llegada de los turistas, fingen ser primitivos y así consiguen que les paguen más y se marchen contentos: «Los indios con tejanos y gafas de sol se habían transformado milagrosamente en aguerridos cazadores autóctonos, disfrazados con el tocado de plumas, que sólo se utiliza en las grandes ocasiones» (p. 131).

¿Quieres ser el novio de mi hermana? es otro ejemplo de situaciones o reflexiones, puesto que todo nos lo cuenta Alicia, la niña de 11 años que pasa revista a los comportamientos de sus padres y, de manera aparentemente inocente, no deja títere con cabeza. Así, por ejemplo, observa que su padre se lleva todos los veranos los libros de inglés que «están en la estantería del comedor. Papá es tan masoca que se los lleva cada verano y los deja en un lugar bien visible, para verlos a todas horas y tener muy mala conciencia» (p. 48); o cuando observa que todos se unen a la hora de criticar a un vecino: «Tener un enemigo y ponerlo verde está muy feo, pero es fantástico que toda la familia tenga un enemigo porque se siente muy unida y el enemigo sirve a una buena causa» (p. 64).

La trilogía

El Clan de la Loba es, como hemos dicho, el primer libro de la trilogía; nos sitúa frente al punto de partida de una guerra de brujas que aún no ha empezado y nos descubre, poco a poco, las luces y las sombras de un grupo de mujeres que sí, son brujas, pero tienen una vida normal, con sus hijos, sus profesiones y trabajos, aunque se deben a su clan, a sus matriarcas, y tienen el poder de la magia en sus manos.

Maite Carranza nos habla de dos bandos enfrentados, las brujas Omar que son, por así decirlo, las mortales, las cercanas, las comadronas, las que creen en el poder de la vida y en la tierra; y las Odish, inmortales, que responden más al prototipo de bruja sanguinaria que conocemos por los cuentos de hadas, y son hermosas, pero también malvadas. Todas esperan la llegada de la elegida y todas quieren tener el poder del cetro, aunque no pretenden utilizarlo del mismo modo. Como la propia autora dice, «he querido dar una visión humana, cotidiana y actual sin prescindir del elemento fantástico. Las brujas protagonistas (Omar) son mujeres modernas que trabajan, se enamoran y educan a sus hijos al tiempo que mantienen sus rituales y están vinculadas a su clan. La brujas Odish, en cambio, tienen una proyección más acorde con la pintura fantástica que

de ellas se ha hecho a lo largo del tiempo, son inmortales, sanguinarias e inhumanas». ¹¹

El desierto de hielo es la segunda parte de la trilogía. En la primera parte habíamos dejado a Anaíd llena de dudas y de zozobras acerca de las intenciones de su madre, Selene, la cual no pretendía otra cosa que protegerla de la profecía que la señala como la verdadera elegida. Selene había intentado suplantarla, pero ya no puede hacerlo porque la verdad es más evidente que los engaños.

Con *La maldición de Odi* llegamos al final de La Guerra de las Brujas. El lector, con el corazón encogido y tomando el aliento a cada paso, ve cómo se va reorganizando la trama para llevarnos a la eclosión final, al gran momento.

Epílogo

Hemos analizado, aunque de manera breve, algunas características de la obra de Maite Carranza, una autora que, sin duda, merecería mayor atención. ¹² Nos

hemos centrado más en las obras anteriores a la trilogía, porque consideramos que el éxito de ésta no debe oscurecer el resto de novelas tan originales y distintas. Maite Carranza cultiva el humor y una literatura que huye de tópicos y de corsés, aunque no se evade de los problemas y emplea la ironía y el disparate para hacer más hincapié en las relaciones que nuestros niños y jóvenes tienen con su entorno, que no siempre son satisfactorias. La autora nos tira de las orejas cariñosamente y nos hace reflexionar, entre risas y bromas. Se agradece esa actitud porque supone una inyección de aire fresco a la literatura infantil y juvenil.

Son muchos los aspectos que aún podríamos comentar, como el uso que hace de las palabras y del léxico, del adjetivo «emocionado» que emplea con frecuencia para calificar el estado de ánimo de sus personajes. También queda por hablar de los personajes secundarios, de una riqueza extraordinaria, o de los espacios en los que se desarrollan sus historias. En suma, hay que redescubrir a la Maite Carranza anterior a la tri-

logía, aunque, sin duda, ésta es una obra ambiciosa y de unos méritos narrativos extraordinarios como también se ha apuntado en este estudio. ■

***Anabel Sáiz Ripoll** es doctora en Filología y profesora en el IES Jaume I de Salou (Tarragona). Agradezco a Marta Muntada, de Edebé, a Carmen Palomino, de SM y, en especial, a Ángela Marcos, de la Fundación Germán Sánchez Ruipérez las facilidades que me ha dado en todo momento para poder leer las obras de Maite Carranza.

Notas

1. En *La Jornada*, 18-12-2006.
2. «Entrevista a Maite Carranza», en *Primeras Noticias*, 186, 2002, pp. 67-70.
3. *Escuela*, 15 de diciembre de 2005.
4. En *Primeras Noticias*, 2002.
5. *Ibid.* nota 3.
6. *Ibid.* nota 3.
7. *Ibid.* nota 3.
8. Entrevista en *Escuela*, 2005 (localizado en www.escriptors.cat/autors/carranzam
9. En *La maldición de Odi*, Nota de la autora y agradecimientos, p. 473.
10. *Ibid.* nota 4.
11. *Ibid.* nota 4.
12. Ya hay un estudio en marcha acerca de La Guerra de las Brujas que aparecerá publicado en breve.

Bibliografía comentada

Ostres tu, quin cacau!, Barcelona: La Magrana, 1986 y 1995. Ed. en castellano: *¡Toma castaña!*, Barcelona: Ediciones B, 1989.

La revolta dels lactants, Barcelona: La Galera, 1987. Ed. en castellano: *La rebelión de los lactantes*, La Galera, 1987.

Les cartes de la Coia, Barcelona: La Galera, 1988. Ed. en castellano: *Las cartas de Quica*, La Galera, 1983.

Prohibit ploure els dissabtes, Barcelona: La Magrana, 1988. Ed. en castellano: *Prohibido llover los sábados*, Madrid: Anaya, 1994.

La nit dels arutams, Barcelona: Columna 1990. Ed. en castellano: *La selva de los arutams*, Madrid: SM, 1990.

La sorprenent Sefa Ceferina. La Sefa foca, Barcelona: Timun Mas, 1991. Ed. en castellano: *La sorprendente Sefa Ceferina. Sefa foca*, Timun Mas, 1991.

La sorprenent Sefa Ceferina. La Sefa gallina, Barcelona: Timun Mas, 1991. Ed. en castellano: *Sefa gallina*, Timun Mas, 1991.

La Sefa mona, Barcelona: Timun Mas, 1992. Ed. en castellano: *Sefa mona*, Timun Mas, 1992.

Frena, Càndida, frena!, Barcelona: Cruïlla, 1993. Ed. en castellano: *¡Frena, Càndida, frena!*, Madrid: SM, 2006.

La Sefa rateta, Barcelona: Timun Mas, 1993. Ed. en castellano: *Sefa rata*, Timun Mas, 1993.

La princesa Júlia, Barcelona: Cruïlla, 1994 y 2003.

Abel, líaventurer, Barcelona: Edebé, 1996. Ed. en castellano: *Iván, el aventurero*, Edebe, 1998.

Leonor y la paloma de la paz, Madrid: SM, 1997.

En Maurici Serrellsuat, Barcelona: Edebé, 1998. Ed. en castellano: *Mauro ojos brillantes*, Edebé, 1998.

Esfuma't, Gaudenci!, Barcelona: Cruïlla, 1998.

Filomena Ficalapota, Barcelona: Cruïlla, 2002. Ed. en castellano: *Carolina Cabezahueca*, Madrid: SM, 2003.

Vols ser el nòvio de la meva germana?, Barcelona: Edebé, 2002 y 2007. Ed. en castellano: *¿Quieres ser el novio de mi hermana?*, Edebé, 2002 y 2007.

El clan de la lloba, Barcelona: Edebé, 2005. Ed. en castellano: *El clan de la loba*, Edebé, 2005.

El desert de gel, Barcelona: Edebé, 2006. Ed. en castellano: *El desierto de hielo*, Edebé, 2006.

La maledicció d'Odi, Barcelona: Edebé, 2007. Ed. en castellano: *La maldición de Odi*, Edebé, 2007.